

Recuerdos de un labrador

Por J. Mariano SERAL
Maestro

ACOGEDORES pueblecitos cuyas viviendas ornamentadas con trillos restaurados, hoces y dallas de filo bruñido, "fencejos" de esparto, "forcas", ... nos hablan de su historia, de sus raíces, alimentando la voracidad insaciable de los recuerdos de antaño. Aperos que eran imprescindibles en la década de los años 30, aunque como dicen las personas mayores con tono un tanto socarrón "mucho ha llovido desde entonces". Los zagales de aquella época, jornada tras jornada fueron adquiriendo los conocimientos del oficio de labrador de la mano de sus familiares en la dura escuela de la vida. Esas mismas personas hoy octogenarias miran con añoranza hacia atrás habiendo visto cómo se pasaba de la tozudez del mulo al confort del tractor, de la simpleza de la hoz a la sofisticación mecánica y electrónica de la cosechadora, del "fencejo" de esparto a la empacadora, del eco metálico del "jadico" en el huerto maigando, al estruendo del motor del moto-

cultor, del bruñido filo de la "estral" a la motosierra. Recordando con añoranza la dureza de aquellas interminables jornadas bajo el rusiente sol del mediodía que curtía la piel en la temporada de la siega en el mes de julio, todo un contraste comparándolo con el confort que ofrecen a fecha de hoy las modernas cosechadoras.

Eran tiempos duros, en los cuales la fuerza de tracción animal y humana servían para impulsar los rudimentarios aperos y artilugios de aquella época. Por si fuera poco, algún que otro año la meteorología no acompañaba, años de pertinaz sequía, inesperadas pedregadas que arrasaban todo allí por donde pasaban, lluvias a destiempo... dando lugar a malas cosechas, años que quedaron troquelados en la memoria como "de vacas flacas", de escasez (Aunque a juzgar por los tiempos que corren en la actualidad, bien podríamos hacer un símil y afirmar que atravesamos un periodo de "vacas flacas").

Cuando rayaba el alba, había que estar en el tajo con el apero en las encallecidas manos, para ganarse el pan de cada día con el su-



Aperos de labranza, hoy objetos de museo, de admiración y de estética rústica.

dor de la frente. Los zagales en los mejores de los casos compaginaban la escuela, eso sí, aprendiendo las cuatro reglas, con el apoyo en las faenas del campo y de la casa, contribuyendo de este modo en las maltrechas economías familiares. En más de una ocasión me ha sorprendido ver cómo alguna de estas personas tiene más valores que otras que en la actualidad han cursado estudios superiores. Quizás tantos años de

estudio les ha confundido y han olvidado reglas tan obvias como saber diferenciar lo que está bien de lo que está mal.

Para todos los miembros de la familia había alguna tarea que realizar, nunca faltaba trabajo, en la casa desde el hecho de tener que ir a buscar el agua a la fuente, con la mula colocando los cántaros en las algaderas, o hacer la colada, si el pueblo no disponía de lavadero se iba al río o a algún arroyo próximo, en algunas ocasiones después de lavar se tendía la ropa en el campo para que se secase y luego pesase menos a la hora de llevarla de nuevo a casa. También era curioso la utilidad que tenía la ceniza, para blanquear la ropa, en un cuevo se colocaban las sábanas de cáñamo, en la parte superior en un trapo haciendo las funciones de cedazo se depositaban las cenizas. Posteriormente se iba echando agua caliente sobre éstas, blanqueando de este modo las sábanas. O el jabón que se hacía con el aceite sobrante de cocinar y grasas.

El calendario del labrador estaba repleto de actividades. Iniciando el año con la misma faena con la que lo finalizaba, la recogida de la oliva, a golpe de "gayata", sufriendo las gélidas temperaturas invernales. Uno de los trabajos que realizaba con más alegría era la siega, segar con la hoz y zoqueta en mano, o con la dalla bajo el rusiente sol, hacer las gavillas con la mies. Los fajos se ataban con "fencejos" de esparto y con éstos se hacían las fajinas, hasta el momento en que se acarreaban con carros a la era para la trilla, esos carros cuyas ruedas han dejado troqueladas sus huellas en los estratos de roca arenisca. La era ha-

bía que prepararla, compactarla con los pétreos rodillos tronco-cónicos, todavía en muchas de estas eras podemos verlos como reseña histórica. Posteriormente se deshacían los fajos y se extendían con la ayuda de una horca. A continuación se pasaba con el trillo tirado por tracción animal para desgranar las espigas. Seguidamente había que separar el valioso grano de la paja, para lo cual eran buenos los días que soplaban un poco de viento, con la horca se lanzaba la paja con el grano al aire, el viento se llevaba unos metros la paja y dejaba el preciado grano al pie. Posteriormente el proceso se repetía con la pala, hasta que finalmente se pasaba por la criba.

Durante la época de la siega se podía escuchar el eco metálico afilando la dalla, la cual se componía de una hoja y un mango, tradicionalmente de madera. La hoja debía tener buen filo, para ello lo primero que había que hacer era picarla. Para lo cual se utilizaba la inclusa, se clavaba en el suelo, martilleando en los salientes que lleva a media altura.

>Los zagales de aquella época fueron adquiriendo los conocimientos del oficio de labrador de la mano de sus familiares en la dura escuela de la vida



asesoríamorlán

laboral • fiscal • contable • aseguradora

Felices Fiestas
de San Lorenzo

OFICINA PRINCIPAL
C/ Tarbes, 5 - 22005 HUESCA. Tels: 974 226 400 - 974 226 404 - Fax: 974 226 587

SUCURSAL
Avda. Aragón, 8 - 22330 AÍNSA (Huesca) - Tel: 974 500 949 - Fax: 974 500 759

info@asesoriamorlan.com www.asesoriamorlan.com



Bodegas Abinasa
D.O. Somontano
ELABORACIÓN DE ORUJOS ECOLÓGICOS Y VINOS

Naturalmente *Vinos de Lascellas*

Tels.: 974 319 156
639 548 181
www.bodegasabinasa.com
LASCELLAS (Huesca)

¡ Genial !